

co desde que el grupo se adapta a la vida sedentaria; se acendra al calor del hogar. La atmósfera de la familia lo alimenta, la amistad lo ahonda, la simpatía lo extiende a todos los que viven en una vecindad habitual. Es en el terruño donde se oyen las primeras nenas de la madre y se escuchan los consejos del padre; allí se forman las intimidaciones de colegio y se sienten las inquietudes del primer amor; allí se tejen las juveniles ilusiones y se tropieza con inesperadas realidades; allí se adquieren las más hondas creencias y se contraen las costumbres más firmes. Nada en él nos es desconocido, ni nos inspira desconfianza; llamamos por su nombre a todos los vecinos, conocemos en detalle todas las casas, nos alegran todos los bautismos, nos afligen todos los lutos. Por eso sentimos en el fondo de nuestro sér una solidaridad íntima con lo que pertenece a la aldea, el valle o el barrio en que trascurrió nuestra infancia.

Ningún concepto político determina este sentimiento natural. Es innecesario estimularlo con sugerencias educacionales, porque es anterior a la